

Presentación



Ana María Presta
Editora Responsable

La arquitectura de este *dossier* en recuerdo de Ana María Lorandi atravesó dos líneas de factura, ambas necesarias para honrar la figura de una investigadora y maestra de larga trayectoria y ejercicio multidisciplinar de la profesión. La aproximación afectiva y el respeto profesional ameritaron convocar a compañeras de trabajo, presentes en los inicios de su formación como docente e investigadora (Myriam Tarragó), y a un nutrido conjunto de discípulos y colegas que pudieran develar su modalidad de trabajo, interpretar su larga y versátil trayectoria científica y ofrecer pistas concretas de sus elecciones temáticas, de sus preocupaciones teóricas, del cuidado metodológico de sus trabajos y de la trama de su prolífica caminata por los senderos cronológicos, epistemológicos y problemáticos de las sociedades surandinas en contexto colonial. Los temas fueron diversos, el espacio fue único: los Andes Meridionales.

Ana María Lorandi partió el pasado 30 de enero a los 80 años de edad. Fueron, los suyos, años vividos intensamente. Sesenta de ellos estuvieron dedicados al trabajo académico, constituyendo su legado una abrumadora producción en la que plasmó su apasionamiento, compromiso, honestidad intelectual y coherente reflexión acerca de tópicos que podrían superficialmente entenderse como reconversiones temático-disciplinarias. Desde sus comienzos como arqueóloga investigadora de las poblaciones y los problemas espaciales, ocupacionales y sociales de los indígenas de la Provincia Inca del Tucumán, Lorandi se formuló las preguntas adecuadas para consumir sus propuestas y agotar, en sus términos, indagaciones que la llevarían a abordar, por otros senderos disciplinares, a los indígenas, sus prácticas, representaciones, negociaciones, adecuaciones, resistencias y rebeliones en el contexto de la *longue durée* de la dominación española. En ese marco, estimo que el ejercicio político del funcionariado y la práctica jurídica de la represión colonial derivaron en su última etapa de generación de pensamiento asociada a la matriz de la ideología jurídico-política castellana buscando entender, desde el pasado, *los fundamentos del ejercicio del poder*, hilo conductor de su carrera de investigadora, al que buscaba extender al traumático devenir contemporáneo nacional y provincial argentinos, a donde no tengo duda alguna hubiese llegado si ese viaje inesperado que emprendió el último verano la hubiese devuelto a su “antiguo natural” para proseguir su creativa ruta académica.

Este *dossier* condensa contribuciones que recuerdan a Ana María Lorandi desde distintos campos disciplinares, temáticas, aproximaciones teóricas y preocupaciones metodológicas, aunque siempre la revelan como a una infatigable profesional.

Myriam Tarragó, su compañera de trabajo e investigación en los primeros pasos de su derrotero arqueológico, nos presenta a una joven Ana María de personalidad arrolladora, decidida y abierta a las nuevas teorías, fascinada por su trabajo e insaciable en sus búsquedas. Gracias a Tarragó podemos ofrecer tres fotografías que dan cuenta escenas del trabajo de campo en plena juventud y de su participación en el Segundo Simposio Internacional de Arte Rupestre celebrado en Huánuco en 1967. En esa foto se la observa en compañía de colegas, entre ellos un joven John Murra exultante, como ella, quien presentara el primer volumen de la *Visita de la Provincia de León de Huánuco*, ejemplar que descansa bajo la silla desocupada frente a Ana María.

Cristina del Carmen López fue una de las primeras discípulas de Ana María y quien, como su maestra, abrazó la historia de las poblaciones indígenas de Tucumán en situación colonial para abordar más tarde el período independiente. Como historiadora, López comprendió la ruta intelectual de su maestra, sobre todo en su transición desde la problemática temprano-colonial hasta los movimientos emancipadores del siglo XIX. Su texto matiza el reconocimiento y el afecto con el detalle de la producción de Lorandi en el período tardocolonial y su cuidado en el análisis de escala en sintonía espacio-temporal. Éste, como los restantes ensayos del *dossier*, contiene una fuerte impronta historiográfica (o de trayectoria, para no definir con tal categoría la profesión de Ana María) y develan, en distintas zonas de la Gobernación colonial del Tucumán y en el bloque Surandino, la producción, la influencia y las proyecciones de su trabajo.

Constanza Taboada, arqueóloga situada en Santiago del Estero, valoró la labor de Lorandi en sus años de formación doctoral que la llevaron a plasmar su tesis sobre el arte rupestre en los llanos santiagueños. De su mano, Lorandi volvió a ponderar su primer y descollante trabajo de investigación, inédito hasta 2015, y que Taboada condujo a publicación. En esas páginas tan magníficamente reseñadas por Taboada surgen categorías y problemas que Lorandi utilizará y abordará a lo largo de su prolífica carrera. La articulación tierras bajas y altas, la intermediación cultural, la frontera y su significado, la vitalidad del paisaje y la adecuada cronología de la ocupación del espacio fueron una constante de reflexión en distintos períodos y disciplinas. Taboada nos regala una inusual sensibilidad que resulta de comprender la transición de Lorandi desde la Arqueología a la Etnohistoria, rescatando sus preguntas eje y sus primigenias preocupaciones.

Gabriela Sica, referente de los estudios coloniales en el extremo norte tucumano, da cuenta de la influencia de los trabajos de Lorandi en el abordaje de las poblaciones indígenas de la Quebrada de Humahuaca y la Puna de Jujuy. Inicialmente, considera al macro espacio en el contexto de la frontera oriental del *Tawantinsuyu* y a los ejes de desestructuración colonial luego de la conquista española, reforzando en esa debacle al sistema de encomienda y al servicio personal, instituciones que Lorandi revelara como operativas para la comprensión del dominio en el área. Sica pondera la vitalidad de los estudios de Lorandi y los articula con los progresos de la historiografía regional que en la actualidad acreditan una densidad y calidad notables.

Portadora de la tradición de los estudios coloniales cordobeses, Isabel Castro Olañeta teje la producción etnohistórica de Lorandi y su incidencia en la jurisdicción de Córdoba del Tucumán a través de la malla que vincula la historiografía local con la nueva aproximación interdisciplinar para abordar las sociedades locales bajo la autoridad del Inca, el contacto hispano-indígena y la posterior dominación española. El contexto fronterizo y de instalación de colonos del *Tawantinsuyu* permitía advertir fuertes diferencias organizacionales entre sociedades cercanas en el espacio pero presas de lábiles jerarquías y marcada segmentación las cuales, al ser sometidas por los españoles, se vieron envueltas, tal como lo explicaba también Sica, al rigor de la encomienda de servicio personal, que extremó la sobreexplotación de la mano de

obra sin discreción ni medida para consumir una incorporación traumática y “desestructurada”, al decir de Castro, al nuevo sistema. Junto a la tradición de los estudios coloniales locales y la influencia de las preguntas y fuentes que mostrara Lorandi se comenzaron a renovar los estudios que ponderaban los pueblos de indios, las sociedades indígenas y sus transformaciones y las prácticas y respuestas de los dominados frente a los nuevos dueños de la tierra que los incorporaban al “espacio peruano”. En esa senda y con tales marcas y señales se ubicaron, a partir de 1995, los estudios de un equipo de trabajo que debate, resignifica e incorpora categorías y metodologías surgidas de la renovación de los estudios del Tucumán en los que la escuela colonial cordobesa y la Etnohistoria de Lorandi se fundieron para dar lugar a una identidad local y regional propias, expresando la agencia y las creativas respuestas indígenas a su peculiar situación colonial.

Asentadas en la larga duración de los estudios de Lorandi en los valles Calchaquíes, Roxana Boixadós y Lorena Rodríguez, dos de las discípulas más representativas del trabajo de Lorandi, centraron sus propios estudios en el área, continuando y expandiendo la indagación intelectual de su maestra. Ambas dialogan con la producción de Ana María y ofrecen una soberbia puesta a punto, bibliográfica e interpretativa, de los temas y problemas del pasado colonial y contemporáneo que desde el complejo de valles de Yocavil y sus alrededores dieran lugar a la producción de más de 25 años de su mentora. Los *mitmaquna* incaicos, sus “cómo”, “por qué” y “para qué” *lorandianos* guían la construcción del espacio, las prácticas indígenas y derivan en las nuevas identidades coloniales, la dificultosa convivencia con el invasor, las guerras y rebeliones hasta arribar a esa figura travestida e irreverente que Lorandi convirtió en entrañable: el falso Inca Pedro Bohorques. Este ensayo es un texto que hace culto a Lorandi por la resolución académicamente clarificadora y sencilla con que presenta la complejidad y versatilidad de la trayectoria de su inspiradora develando, adicionalmente, sus preocupaciones teóricas y metodológicas.

Alejandro Agüero fue un colega a quien Lorandi tenía por referente desde que la cautivó, por su abordaje teórico y su discurso “jurídico antropológico”, cuando buscaba un anclaje que le permitiera interpretar las prácticas del funcionariado colonial, su visión jurídica y la aplicación de su saber en territorio colonial. En su contribución a este *dossier*, Agüero describe los avatares intelectuales de una “antropóloga” que se lanza a revelar la historia política con paradas obligadas en la teología moral y la nueva historia social del derecho tras indagar en la existencia misma del “estado colonial” y la vigencia del derecho para entender el funcionamiento del “orden” tardío colonial. Solo quien tuviera la experiencia de haber comprendido la alteridad junto a la colonización, los juegos de competencia y de escalas entre actores sociales e instituciones y la superposición de jurisdicciones podía atreverse a sumergirse y excavar el orden colonial y rescatarlo como “otro social”, todo lo cual surge de la narrativa de Agüero quien por fuera del universo de Lorandi la encontró, acompañó y reveló en una de sus últimas “paradas”.

Sobre esta última etapa presentan sus contribuciones Pablo Ortemberg y Cora Bunster, discípulos y colaboradores de Ana María Lorandi en la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, al igual que Boixadós y Rodríguez. Ortemberg y Bunster plasman la condición de viajera intelectual de Lorandi, sentimiento que comparto plenamente y al que aludo en específicos tramos de esta síntesis, tal como lo hiciera en otras páginas. Ese periplo intelectual la posicionó alternativamente en espacios disciplinares o multidisciplinares en los que se movió con agrado y no pocas veces con preocupación. Siempre quiso definir y hacer saber en que “estación” estaba o a qué destino había llegado, en una suerte de reafirmación profesional en la que el método y la reflexión histórica no le alcanzaban, menos aún la Arqueología y sus resultados. Si bien se halló mejor situada

en la Antropología y más acondicionada por sus preguntas, dentro de ella se movía con la experiencia de historiadora y el oficio de arqueóloga, indagando en cada capa e interpretando, tras la teoría y el uso de fuentes, con la fineza del cucharín bien puesto y la contundencia de haber zarandeado todo para generar el producto deseado.

Vayan las páginas que siguen a recordar a una versátil luchadora, creativa, generosa e inolvidable maestra, compañera y colega.